

El Almirante Negro

Las aguas en calma de la bahía de Guanabara unían su melancolía con el atardecer, cuando Joao Cândido bajó al puerto junto con los demás marinos del *Minas Gerais*. El lugar convenido para el peligroso encuentro sería revelado en el bar x... Entre el jolgorio, la cachaza, el humo y el *maxixe*¹ Cândido se abrió paso hasta el mostrador, donde una mujer ebria le habló algo al oído. Él le respondió con un beso y vació de un sorbo el licor de caña amarillento que le fue servido. Sonreía y saludaba alegremente mientras intentaba ocultar la quemante ansiedad que torturaba su vientre, producto de la plena conciencia sobre el hecho histórico que horas más tarde protagonizaría.



Marinos de la revuelta del látigo, 1910.

Ya con las señas en su poder subió hacia las favelas para despistar a la policía secreta y a los marinos ajenos a la conjura, que nada debían saber por el momento. Al llegar al lugar del encuentro, fue recibido con nerviosismo y recriminaciones por la demora. Su presencia alivió en parte la tensión de la veintena de conspiradores que ultimaban detalles y repasaban una y otra vez el plan de ataque.

Años de complicidad secreta estaban a pocas horas de convertir en realidad la rebelión más formidable que recuerde Brasil.

Corría la noche del 21 de noviembre de 1910, la última noche en calma para porteños y favelados de Río de Janeiro. Por una semana nadie osaría dormir...

Joao Cândido Felisberto

El ser un marinero profesional educado desde niño entre calderas, vapores, cañones, duelos mortales, ser un viajero de los siete mares y poseer excepcional inteligencia, lo hizo el líder natural de hombres curtidos y peligrosos, navegando en buques que también lo eran.

Para el año 1910 la marina brasileña aún castigaba severamente la más mínima falta, imponiendo crueles castigos como encierros secos o series de latigazos que horrorizaban hasta los más insensibles rufianes. La comida a bordo podía oler a perros y a veces más valía el ayuno que pagar el atrevimiento de llevar a la boca algún canapé salido de la cocina de los buques, teniendo que alimentarse de carne podrida o incluso madera. Además les estaba prohibido estudiar o contraer matrimonio.



Joao Cândido,
el almirante negro.

Durante esos años, Cândido y una élite de marinos brasileños ya habían conocido de primera mano la realidad de la vida en los navíos europeos o estadounidenses, la que transcurría de manera sustancialmente más apacible y hasta con perspectivas de futuro. Producto de estas experiencias y la lectura de folletos nacionalistas y maximalistas, lentamente se fueron haciendo a la idea de iniciar una rebelión. Estudiaron muchos ejemplos, pero sin duda la rebelión del acorazado Potemkin en 1904 fue el acontecimiento fundamental².

1 Baile de pareja prohibido en la época. https://www.youtube.com/watch?v=q78QC47iP_o

2 La influencia de esta rebelión en las huestes brasileñas se puede observar por medio de una amenazante carta escrita por Francisco Dias Martins alias «Mano Negra», que hizo llegar al comandante Alberto Durao en un viaje del buque Bahía a Chile en 1910, recordándole el sacrificio de los marinos del Potemkin y que tenía una familia que cuidar...

El Plan

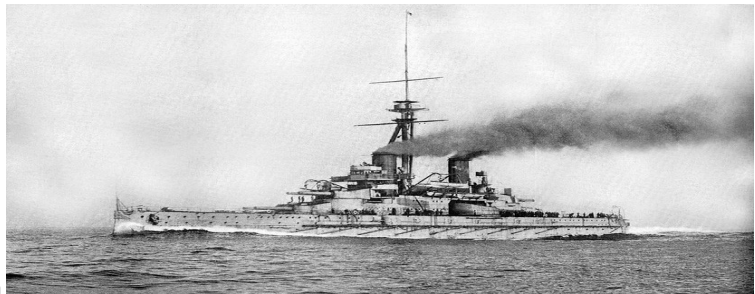
Los alzados estudiaron minuciosamente dicho levantamiento, como un relojero a sus engranajes. No cometerían los mismos errores. No incluirían oficiales ni suboficiales ni demostrarían vacilaciones humanitarias como los marinos rusos. Tampoco buscarían el apoyo de la población local. Las demandas serían simples: fin al látigo y amnistía.

Aquella oscura noche de luna creciente los amotinados se abrazaron con reciedumbre, cruzaron miradas y estrecharon sus manos para luego emprender el viaje de vuelta a sus barcos. Se mostraron excitados, ansiosos, reprimiendo con dificultad las ganas irrefrenables de acortar el tiempo, de precipitar los hechos, de que todo acabase de una vez. Pero en los cuatro buques apostados en la bahía el tiempo se hizo viscoso. Los minutos se hicieron horas y muchos de los conjurados comenzaron a sentir terror de ser descubiertos. Cualquier diálogo cotidiano, una palmoteada, una risa burlesca, una orden de un superior, les parecían soterrados anuncios de que habían sido descubiertos. De todas formas, no faltaron quienes por instinto o astucia, leyeron correctamente el mensaje en los rostros desbordados de ansia de algunos conjurados.

El combate

A los gritos de ¡Viva Brasil!, Viva la patria! y ¡Larga vida a la marina brasileña!, comenzaron a tomar el control de los cuatro navíos fondeados en la bahía aquella noche, los más caros de la historia de Brasil³, con tecnología de punta y recién llegados de los astilleros ingleses. Los oficiales fueron encerrados y aislados en celdas improvisadas. Quienes ofrecieron resistencia fueron muertos junto con los marinos que les secundaron.

Antes del amanecer Cândido y los amotinados tenían el control de los cuatro buques mayores más cuatro navíos menores, a los que organizó con gran criterio estratégico, haciendo que todo intento por recuperar las naves y terminar con el motín, resultase estéril, cañoneando sin piedad -y con extraordinaria precisión- a los pocos barcos que se le acercaron.



El acorazado Minas Gerais en 1908

El potente sonido de las bocas de fuego inundó los salones del mismísimo palacio de Gobierno, donde a esas horas, muy de madrugada, aún se celebraba una fastuosa fiesta por el reciente cambio de mando en la presidencia. Los invitados interrumpieron aterrados sus brindis y bailes, para asomarse a los balcones observando con creciente temor como los rebeldes imponían una dolorosa y rápida derrota a las huestes oficiales.

Junto con los primeros rayos de luz llegó hasta el palacio Guanabara el petitorio de los rebeldes, a través de telegramas y radiogramas⁴, dando un ultimátum de 12 horas para responder, lo

3 Los acorazados Sao Paulo y Minas Gerais y los buques Bahía y Deodoro.

4 «Não queremos volta chibata. Isso pedimos presidente, ministro Marinha. Queremos resposta já e já. Caso não tenhamos, bombardearemos cidade e navios que não se revoltarem — Guarnições “Minas”, “S. Paulo” e “Bahia”. Extracto de un radiograma dirigido al presidente y ministro de la marina. «No queremos que vuelva el látigo. Eso pedimos presidente, ministro de Marina. Queremos respuesta ya ahora. En caso contrario bombardearemos la ciudad y los navíos que no se unan a la revuelta».

que aceleró el ir y venir de políticos de toda laya, que corrían desatados para intentar influir en la solución al grave conflicto, mientras frente a ellos, los alzados realizaban formidables maniobras para atacar objetivos militares y civiles. Por otro lado y con igual premura, militares de alto rango se desplegaban por los despachos del presidente y sus ministros para impedir que los amotinados fuesen amnistiados tal como demandaban.

A cada minuto el problema crecía y los insultos, golpes, gritos, órdenes y contraórdenes ya desbordaban hacia las calles. Con el sol sobre el horizonte el caos comenzó a expandirse por las coloridas calles de Rio y el pueblo carioca, enterado de los sucesos, subía hacia los cerros para ver en panorámica el increíble espectáculo de guerra, que empeoraba al ritmo de adagio de las moles de hierro al realizar sus ardidés sobre el agua.

La Amnistía

Las demandas de los rebeldes demoraban en aceptarse debido a la aguerrida oposición del mundo militar y de algunos políticos importantes, lo que provocó la impaciencia de Cândido y los suyos. Estos, al ver la vacilación de la oficialidad y la presidencia, cumplieron sus amenazas y cañonearon el borde de la bahía el día 23, alcanzando objetivos militares en la Isla de las Cobras y también objetivos civiles, hiriendo mortalmente un número indeterminado de personas, entre ellas varios niños⁵.

El día 24 la marina envió dos buques a sofocar el levantamiento, pero fueron rechazados y la ciudad nuevamente fue bombardeada por los amotinados, destruyendo el Palacio Catete, sede del gobierno federal. Aunque el día 25 el mariscal de marina decretó el hundimiento de los buques rebeldes, en el congreso ganaba la idea de aceptar las demandas, logrando el día 26 la amnistía para los amotinados y la abolición de los castigos corporales, firmado por el mismo presidente Hermes da Fonseca.

Ya que el petitorio había sido aceptado en su totalidad, los rebeldes depusieron las armas y los navíos fueron devueltos al día siguiente. Para siempre el castigo a latigazos sería abolido. Era el fin de la revuelta.

A pesar de que la amnistía entró en vigor desde el día 28 varios marinos fueron expulsados por indisciplina. Pero las cosas se pondrían verdaderamente mal el 4 de diciembre del mismo año, cuando la guarnición de la Isla de las Cobras se sublevó por el arresto de cuatro marinos. De los seiscientos amotinados sobrevivieron algo más de cien, y aunque los líderes de la revuelta anterior, aparentemente, nada sabían del nuevo motín, fueron acusados de sedición y enviados a una celda recién mejorada, cuyas paredes estaban recubiertas con cal fresca.

Al parecer, el calor y el encierro hicieron que de la cal emanara un gas letal que terminó con la vida de dieciséis de los dieciocho encarcelados, sobreviviendo solamente Joao Cândido y otro marino. Cândido fue enviado al *Hospital Nacional de Alienados* en Playa Roja, Rio de Janeiro.

Consideraciones finales

Para entender mejor lo expuesto, debemos admitir el carácter racial que tácitamente traspasa esta historia. La oficialidad de la marina era elegida entre la nobleza portuguesa que se estableció en



5 Los amotinados alegarían mala puntería.

Brasil, mientras las clases más bajas de los *marujos* brasileños eran compuestas por negros y pardos⁶. Buena parte de los dirigentes de los marinos y los mismos marinos eran políticamente nacionalistas con ciertas inclinaciones probolcheviques, aunque esto iría cambiando con el pasar de las décadas.

La reivindicación racial en la época de la revuelta era sostenida fundamentalmente por grupos que buscaban la emancipación del pueblo «de color», a través de la mejora de las comunidades de mayoría negra, promoviendo la paz social, el apoyo mutuo, la cultura, la lectura, la lucha contra el prejuicio y el orgullo de raza. La ideología predominante en la mayoría de grupos activistas era el patriotismo, la fe cristiana católica y la promoción de la familia. Este proceso cristalizaría el año 1931 cuando se funda la *Frente Negra Brasileira* FNB, muy influida por el movimiento integralista dirigido por Plínio Salgado y Gustavo Barroso.

La FNB fue el movimiento negro más importante de la historia de Brasil, agrupando más de veinte mil militantes en la época, gran parte de los cuales eran mujeres, logrando ser un actor importante en el tormentoso escenario político de la época.

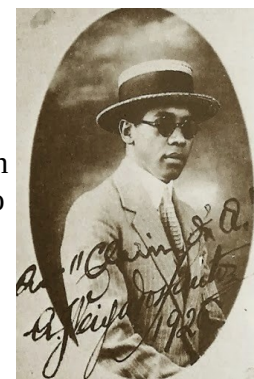


Periódico de la FNB cuyo lema era Dios, Patria, Raza y Familia.

En 1936 se convierte en partido político, asumiendo gran parte del ideario mussoliniano, de quien Arlindo Veiga dos Santos, principal voz del movimiento, se declaraba admirador, adoptando las formas milicianas del movimiento fascista.

Varios de los más destacados dirigentes de este movimiento serían protagonistas de décadas de lucha y la revuelta del látigo vendría a constituirse en uno de los acontecimientos más citados por el movimiento popular. Desde la izquierda se han realizado ingentes esfuerzos por hacer de este un acontecimiento del «movimiento obrero» y hasta una estatua de Joao Cândido fue erigida por Lula y el PT, en la misma bahía de Guanabara.

Ríos sino mares de tinta se han consumido para elevar a Cândido y los suyos en héroes del bolchevismo, pero no son suficientes para ocultar la realidad.



Arlindo Veiga

Años más tarde, en la década de los 30, el almirante negro se uniría a las filas de Plínio Salgado y sus huestes integralistas declarando públicamente sentirse orgulloso de su pasado en cada ocasión en la que fue interpelado al respecto. De hecho en una entrevista del año 1968, consultado por su opinión sobre el golpe de estado y la dictadura militar de 1964, pronunció estas palabras que dejaron mudo al periodista:

«El golpe de estado fue un acto de salvación nacional.»

PD: En 1964 hubo una huelga de marinos de la armada brasileña soliviantados por reivindicaciones muy similares a las de 1910. Se cuenta que cierto día, en plena huelga, miles de marinos comenzaron a caminar desde el puerto hacia los cerros de Rio, luciendo sus trajes y emblemas en su paso por las favelas, hasta llegar frente a una pequeña casa, en uno de cuyos cuartos pasaba penosamente sus últimos días el almirante negro. Allí cantaron a voz en cuello antiguas canciones de marinos, entregando regalos y ofrendas al emocionado viejo lobo de mar, que pocos años más tarde abandonaría este mundo, tan pobre como nació.

⁶ El concepto pardo es utilizado desde tiempos antiguos y es el equivalente de mulato. Mulato refiere a la crucea antinatural que produce «mulas».